

## LA CIENCIA DE MARX

**Rafael Echeverría**

Este trabajo se hace cargo de algunos temas del pensamiento marxista que han suscitado distintas interpretaciones. El autor defiende las siguientes proposiciones: 1. La relación entre Marx y Hegel que normalmente se acepta es equivocada. La mayor influencia de Hegel sobre Marx tiene lugar en el período adulto de este último. 2. El carácter dialéctico de la concepción de Marx sólo es pertinente para las obras posteriores a 1857. 3. El principal texto metodológico de Marx, la *Introducción* de 1857, es lógicamente inconsistente. 4. La lógica de *El Capital* no es la que Marx propone en la *Introducción* y, por lo tanto, no es la que normalmente se le atribuye. 5. Para Marx la interpretación materialista de la historia no posee status científico. Este sólo es invocado para su análisis de la producción capitalista. 6. El análisis de la producción capitalista descansa en la validez de la ley del valor y la argumentación que procura demostrar tal validez es impugnabile. 7. El núcleo racional de la dialéctica de Marx es el principio de la abstracción. La afirmación de contradicciones reales y la perspectiva de totalidad, a través de las cuales usualmente se define la dialéctica marxista, son insostenibles y representan su “en-

---

RAFAEL ECHEVERRÍA. Ph. D. en Sociología. Universidad de Londres.

voltorio místico”. 8. Engels no entiende la lógica de investigación de Marx y ello lo conduce a una ruptura con el pensamiento de éste. 9. Mientras Marx apoya su concepción final en Hegel y Ricardo, la posición de Engels remite a Feuerbach y a Smith. 10. El llamado materialismo dialéctico representa una construcción que es ajena y contradictoria con la concepción de Marx.

## I. Introducción

El presente artículo procura dar cuenta sintéticamente de las principales conclusiones alcanzadas durante el curso de una línea de investigación iniciada hace diez años. Parte importante de estas conclusiones fueron recogidas en mi tesis doctoral<sup>1</sup>. Con el tiempo, sin embargo, llegué al convencimiento de que no siempre había extraído todas las consecuencias que mis primeros resultados permitían y que ciertos temas específicos requerían de un tratamiento adicional. En la medida que las circunstancias me lo permitieron, intenté durante los últimos años completar el análisis de algunos problemas que habían quedado pendientes. En el desarrollo que se presenta a continuación se incorporan varios de estos problemas de resolución tardía.

Constituye un lugar común el sostener que el legado teórico de Marx está formado por dos grandes cuerpos. Por un lado, el materialismo histórico que representaría una interpretación científica de la historia y, por otro, el materialismo dialéctico, que comprende una filosofía de carácter igualmente científico. Es importante advertir, sin embargo, que esta distinción no pertenece a Marx y que el término de materialismo dialéctico es acuñado mucho después de su muerte por Plejanov. Es necesario reconocer también que las principales interpretaciones sobre el materialismo dialéctico no reconocen una paternidad directa en Marx, sino en los escritos de Engels, suponiéndose que éste sólo habría desarrollado lo que ya estaba contenido implícitamente en la concepción de Marx. El supuesto de la identidad de criterios entre Engels y Marx constituye una condición indispensable para afirmar que el materialismo dialéctico forma parte del marxismo.

Un segundo elemento que es importante tener en cuenta, es el hecho de que con el tiempo se ha producido dentro del marxismo un desplaza-

---

<sup>1</sup> R. Echeverría, *Marx's Concept of Science*, Tesis doctoral, Universidad de Londres, 1978.

miento en la gravitación que en su interior se les confiere a ambos cuerpos teóricos. En la época de Marx lo predominante era, evidentemente, el materialismo histórico que en lo fundamental comprendía una determinada interpretación de la historia y el análisis del modo de producción capitalista. Con posterioridad, se incorpora dentro del mismo materialismo histórico la concepción desarrollada por Lenin, referida fundamentalmente al tema de la revolución y de los instrumentos que le son necesarios. Ello es lo que conocemos como el marxismo-leninismo, dentro del cual los temas asociados al materialismo dialéctico tienen un papel subordinado. Sin embargo, a partir de la implantación del socialismo en diversos países, el pensamiento marxista que allí se desarrolla le confiere cada vez menos importancia al análisis del capitalismo y de la revolución en la medida que ellos aluden a problemas ajenos a sus propias realidades y que se consideran en buena parte resueltos. Ello se traduce en una tendencia que le confiere importancia creciente al materialismo dialéctico por sobre el materialismo histórico. Este desplazamiento tendrá una influencia importante en el pensamiento marxista de los países no socialistas, aun que en ellos se sigan produciendo desarrollos teóricos interesantes más ligados al marxismo o al marxismo-leninismo originales. Sin embargo, en ambos campos de desarrollo teórico predomina el supuesto de que las elaboraciones de Engels representan una adecuada interpretación de la dialéctica de Marx.

Planteado el problema en esos términos, nuestro objetivo consistió en retrotraer el análisis de la dialéctica marxista al ámbito del pensamiento del propio Marx para, desde allí, confrontar las diferentes interpretaciones sobre el tema y particularmente la interpretación ofrecida por Engels. Nuestra pregunta fundamental apuntaba a determinar cuál era el concepto de ciencia que sustentaba la validez que Marx le atribuía a su concepción. Recordemos que Marx sostenía la validez científica de sus conclusiones.

## II. Hegel, Feuerbach y Marx<sup>2</sup>

El primer problema que se enfrenta en una investigación como ésta es el hecho de que Marx se preocupó escasamente por explicar su concepto

---

<sup>2</sup> Esta sección ha sido desarrollada en forma más extensa en R. Echeverría, "The Later Marx and Hegel: A Study on the Development of the Marxian Concept of Science", en P. Zarembka (ed.), *Research in Political Economy*, Vol. 3, Jai Press, Greenwich, Conn., 1980.

de ciencia<sup>3</sup>. Normalmente cuando aborda el tema se limita a señalar que su concepción se apoya en la dialéctica, y que en su caso ésta resulta de una inversión de la dialéctica hegeliana a la cual se le habría extraído su núcleo racional, despojándola de su envoltorio místico idealista. A pesar del carácter evidentemente enigmático de esta afirmación, al menos señala un camino de indagación. El concepto de ciencia de Marx parece estar directamente comprometido en lo que fuera su relación con Hegel. Resulta indispensable, por lo tanto, precisar el carácter de esta relación.

Cuando se aborda la relación de Marx con Hegel normalmente se supone que la mayor parte de la influencia hegeliana, Marx la recibe en el período más temprano de su desarrollo intelectual; que éste habría “saldado cuentas” con su conciencia filosófica juvenil alrededor de 1845, y que su desarrollo teórico posterior tiende hacia una autonomía con Hegel cada vez mayor. Buena parte de las discusiones sobre este punto se han centrado en sostener diferencias con respecto al grado de la influencia hegeliana que perdura en el Marx adulto. Hay quienes sostienen, como Lukacs<sup>4</sup>, que Marx nunca deja de ser hegeliano y quienes afirman, como Althusser<sup>5</sup>, que Marx termina por independizarse completamente de Hegel. Muy pocos disputarían la afirmación de Schumpeter de que Hegel fue para Marx “un amor de juventud”<sup>6</sup>. El problema residiría en la fidelidad del Marx adulto con ese amor juvenil. Este es el primer supuesto que objetaremos. Sin desconocer una primera influencia de Hegel en el período de juventud de Marx, sostenemos que la mayor y principal influencia de Hegel, Marx la recibe ya adulto (entre 1857 y 1858) y que ésta se mantendrá hasta el final de sus días. Afirmamos que, por sobre todo, Hegel representa para Marx un amor de madurez.

Sólo algunos antecedentes al respecto. Es innegable que todo el período de formación de Marx tiene lugar en un ambiente intelectual muy marcado por la influencia hegeliana y que en los escritos del Marx joven se encuentran no sólo temáticas, sino también estructuras argumentales que remiten a Hegel. En esa época, Marx estrecha relaciones con el grupo de los “jóvenes hegelianos” y varios de sus escritos tienen como referente

---

<sup>3</sup> Esta falta de preocupación por el tema es sólo aparente. De hecho, Marx reconoce, en diferentes oportunidades, la necesidad e importancia de escribir una obra sobre su concepción dialéctica. Ello queda de manifiesto en carta a Engels de 1858 y en carta a Dietzgen de 1874. Por desgracia, este proyecto nunca alcanzó a realizarse y su ausencia ha dado lugar a interpretaciones altamente discutibles.

<sup>4</sup> G. Lukacs, *History and Class Consciousness*, Merlin Press, Londres, 1971.

<sup>5</sup> L. Althusser, *La Revolución Teórica de Marx*, Siglo XXI, México, 1967.

<sup>6</sup> J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, Harper Torchbooks, N. Y., 1962.

principal a Hegel. Esta influencia no puede ser desconocida y la hemos registrado identificándola como una “primera apropiación de Hegel”. Sin embargo, a la vez que se la reconoce, es preciso calificarla. Marx ha iniciado desde sus primeros escritos (en particular, desde su disertación doctoral) una crítica cada vez mayor de las posiciones hegelianas y, consecuentemente, un distanciamiento progresivo. En este proceso, desde muy temprano Marx toma partido por posiciones feuerbachianas, compartiendo las críticas que Feuerbach dirigiera contra Hegel, su maestro. Quienes conocen el pensamiento de Feuerbach saben cuán radical es su crítica a Hegel y la imposibilidad de conciliar ambas posiciones. Frente al primado de la conciencia planteado por Hegel, Feuerbach opone a la naturaleza y el hombre; frente a la necesidad de superar lo inmediato y recurrir a la reflexión para alcanzar el dominio de la esencia, como lo afirma Hegel, Feuerbach niega la distinción entre esencia y existencia e invoca la certidumbre inmediata. Para Feuerbach, el pensamiento de Hegel es abstracto, en cuanto es vacío, alienado y porque invierte el orden real de las cosas al conferirle al sujeto el carácter de predicado y al predicado el papel de sujeto. Desde un empirismo radical, Feuerbach desarrolla una filosofía de fundamentos antropológicos y materialistas. Uno de sus dardos críticos de mayor violencia lo constituye su acusación de abstracción. La verdad es concreta y se apega a lo inmediato.

Desde muy temprano Marx se convierte en feuerbachiano y asume tanto la filosofía antropológica de Feuerbach como su empirismo contrario a la abstracción. Ello se percibe con claridad en sus críticas a la *Filosofía del Derecho* y a *La Fenomenología del Espíritu* de Hegel. Sin embargo, a partir de diferentes desarrollos autónomos, Marx llega en 1845 a una “primera ruptura con Feuerbach”. Sin entrar a exponer los factores que lo conducen a este quiebre, Marx constata que el concepto de esencia humana postulado por Feuerbach es abstracto, por cuanto no remite al conjunto de las relaciones sociales. El concepto de hombre feuerbachiano se halla abstraído del proceso histórico. La importancia de esta primera ruptura es decisiva. Ella coincide con el nacimiento de la primera gran contribución teórica de Marx: su interpretación materialista de la historia. Como se sabe, a través de ella, Marx afirma que la producción juega un papel determinante en la historia y, por lo tanto, que la comprensión de la historia requiere iniciarse con el análisis de la producción. Sin embargo, es necesario nuevamente calificar esta ruptura y reconocer que a la vez que Marx está rompiendo con Feuerbach, simultáneamente se apoya en él. En efecto, la ruptura es con la antropología filosófica feuerbachiana, pero desde las posiciones empiristas del propio Feuerbach. Según Marx, la concepción antro-

pológica de Feuerbach cae en el error de la abstracción, tal como el mismo Feuerbach acusara a Hegel.

En los escritos posteriores de Marx se comprueba que sigue apegado a posiciones empiristas. Tanto en *La Miseria de la Filosofía*, como en *El Manifiesto Comunista*, Marx señala que su quehacer intelectual consiste en expresar lo que “sucede directamente ante nuestros ojos”<sup>7</sup> y, por lo tanto, representa un esfuerzo por dar cuenta de lo que percibimos en la realidad inmediata.

Esta situación se modifica sustancialmente a partir de fines de 1857 y comienzos de 1858. En octubre de 1857, un buen amigo de Marx, Freiligrath, le envía un paquete con libros que Bakunin dejara abandonados en Londres. Entre ellos se incluía *La Ciencia de la Lógica* de Hegel. Curiosamente, a pesar de ser una de las obras más notables del filósofo alemán, sólo había suscitado algunas referencias marginales en los escritos juveniles de Marx. La lectura que Marx hace entonces de esta obra resultará decisiva, y dará lugar a lo que hemos llamado “la segunda ruptura con Feuerbach” y la “segunda apropiación crítica de Hegel”. ¿Qué sucede con esa lectura? Marx con firma una sospecha que había arrastrado durante los últimos años, sin llegar, sin embargo, a modificar en forma clara su postura epistemológica anterior, de raigambre feuerbachiana: para proceder a explicar científicamente la realidad es necesario trascender a nivel de lo inmediato, aprehender la lógica oculta y las leyes internas de la realidad y aceptar que los fenómenos no constituyen sino una expresión, incluso distorsionada, del sustrato esencial e invisible de la realidad. Hegel en *La Lógica* no sólo defiende esta posición, sino que elabora un trayecto y una estructura mediante los cuales se articulan las relaciones entre la realidad inmediata, su dimensión esencial y la capacidad del concepto de volver sobre lo inmediato y cerrar el círculo de su realidad. Ello constituye la estructura misma de *La Ciencia de la Lógica* y se expresa a través de la sucesión de las doctrinas del Ser, de la Esencia y del Concepto. Sin embargo, a pesar de que Marx estima que en ello reside un gran acierto hegeliano, considera que tal como Hegel lo concibe y expone, se halla confundido con sus premisas idealistas. Ello se manifiesta de diferentes formas. En primer lugar, el planteamiento de Hegel se ofrece en oposición a las ciencias particulares y tras el intento de fundar una gran ciencia especulativa. En segundo lugar, para Hegel la realidad se confunde con el concepto, siendo éste la expresión verdadera de lo real, de lo concreto.

---

<sup>7</sup> K. Marx, *The Poverty of Philosophy*, Progress Publishers, Moscú, 1973, p. 109, y K. Marx y F. Engels, *Selected Works*, Lawrence & Wishart, Londres, 1968, pp. 46-47.

Desde su interpretación materialista de la historia, Marx disputa este idealismo y se niega a conferirle al concepto el status de realidad concreta. Para Marx el pensamiento, por mucho que pueda reproducir la realidad, no la constituye ni se identifica con ella: lo concreto es la realidad objetiva y se halla fuera del pensamiento. Pero para revelar la esencia de la realidad, el pensamiento debe trascenderla en su inmediatez y situarse en un plano diferente de la realidad inmediata, concreta. Este nivel y el proceso que conduce a él, Marx los denomina *abstracción*.

Es necesario destacar que el concepto de abstracción de Marx no es aquel utilizado por Hegel en *La Lógica*. Surge de la divergencia de Marx con Hegel sobre lo concreto y es tributario de esta divergencia. Sin embargo, a partir de la objeción al idealismo hegeliano, el concepto de abstracción de Marx es homólogo con el concepto de reflexión de Hegel, por cuanto en éste la reflexión es el recurso que permite el paso de la inmediatez del Ser a la mediatez de la Esencia<sup>8</sup>. El concepto de abstracción de Marx también se opone al de Feuerbach, del que Marx había hecho uso hasta poco tiempo antes. Al restablecer la distinción entre esencia y apariencia, Marx procede a entender la abstracción no como un vicio del conocimiento (la expresión de un conocimiento viciado, en el entender de Feuerbach), sino como un recurso indispensable del conocimiento de la realidad. El empirismo feuerbachiano es completamente abandonado y junto con efectuar una reapropiación de Hegel, se ha consumado una segunda y esta vez total ruptura con Feuerbach. La inversión de la dialéctica hegeliana y las alusiones a su núcleo racional y a su envoltorio idealista se hacen inteligibles.

Este importante quiebre epistemológico en el desarrollo intelectual de Marx coincide con el período comprometido con la elaboración de su segunda gran contribución teórica: el análisis del modo de producción capitalista. Este quiebre se manifiesta en múltiples planos, estableciéndose una clara diferenciación con su postura epistemológica anterior. Examinemos algunos de estos efectos. El primero y más importante consiste en las reiteradas afirmaciones de Marx de que el nivel de la apariencia es insuficiente para dar cuenta de la realidad social y que la ciencia que procure explicarla debe recurrir a la abstracción. El segundo se refiere al cambio que se registra en su relación con Hegel. Luego que Hegel fuera un blanco permanente de la crítica de Marx, desde 1858 éste reitera su importancia al

---

<sup>8</sup> Cabe advertir que Hegel opone la reflexión a la abstracción. De allí que sea importante insistir en la correspondencia del concepto de abstracción de Marx con el de reflexión de Hegel y no con el concepto hegeliano de abstracción.

punto de definirse como su discípulo<sup>9</sup>, lo que estaba muy lejos de hacer durante su período feuerbachiano. Por otro lado, sus principales referencias a Hegel se dirigen a *La Ciencia de Lógica*, obra que, como se mencionó anteriormente, había despertado escaso interés en el joven Marx. Pero el tercer resultado es el que ha concitado la menor atención. Es sólo desde 1858 que Marx sostiene que su análisis descansa en la dialéctica. Antes de esta fecha, Marx nunca había invocado la dialéctica como una dimensión inherente a su concepción y debemos entender que, dada su postura epistemológica previa, tal definición no era pertinente. Por lo tanto, el carácter dialéctico del pensamiento de Marx se establece sólo a partir de esta segunda apropiación de Hegel, siendo fundamental en ella aquello que es específico a tal apropiación: vale decir, el recurso de la abstracción.

### III. El Problema del Punto de Partida<sup>10</sup>

Hemos planteado que existen dos grandes contribuciones teóricas al interior del pensamiento de Marx: su interpretación materialista de la historia y su análisis del modo de producción capitalista. Es necesario preguntarse por la relación que existe entre ambas. Para responder adecuadamente a esta pregunta es preciso examinar uno de los textos más enigmáticos y controvertibles de Marx. Se trata de una *Introducción* escrita durante agosto y septiembre de 1857, con el propósito de que precediera la obra que Marx escribiría inmediatamente después y en la que se contendría su análisis del modo de producción capitalista. Sin embargo, una vez que Marx prepara la primera versión de esta obra, la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*, decide omitir esta *Introducción*, sustituyéndola por el célebre *Prefacio* de 1859. Ella será descubierta entre los manuscritos inéditos de Marx y será publicada por vez primera en 1903, por Kautsky.

Cabe advertir que ésta ha sido una obra que ha suscitado importantes polémicas. Ello porque se trata, sin duda, del texto metodológico más trascendente que Marx escribiera y en el que se adoptan determinadas posiciones sobre el orden que deben guardar diversas categorías en lo que

<sup>9</sup>C. Marx, *El Capital*, Vol. 1, Fondo de Cultura Económica, México, 1971, p. xxiii.

<sup>10</sup>Los temas abordados en esta sección han sido desarrollados extensamente en los siguientes trabajos: R. Echeverría, "Critique of Marx's 1857 Introduction", *Economy and Society*, Vol. 7, N° 4, 1978; R. Echeverría, "The Concrete and the Abstract in Marx's Method: A Reply to Carver". *Economy and Society*, Vol. 9, N° 2, 1980; R. Echeverría, "Método y Dialéctica en Marx: Hacia una Crítica de la Razón Marxista", Parte I: Presupuestos Epistemológicos, Flasco, Serie Contribuciones N° 14, Santiago, 1983.



será más adelante *El Capital*. Pues bien, dada la ausencia de referencias metodológicas, a partir de la publicación de esta *Introducción*, se consideró que se disponía por fin de un asidero firme para dar cuenta del método seguido por Marx. Althusser ha llegado a elevarla al rango de un “discurso del método” marxista<sup>11</sup>. Lo curioso, sin embargo, es que partiéndose del supuesto unánime de que las opciones adoptadas en tal escrito expresan adecuadamente el método utilizado en *El Capital*, gran parte de las interpretaciones de este texto entregan versiones completamente diferentes sobre su contenido.

Creemos conveniente anticipar algunos de nuestros resultados. Sostenemos que parte importante de las conclusiones ofrecidas en la *Introducción* son erradas, en cuanto no se deducen de las premisas que las generan; que Marx se da cuenta de que la solución sugerida en dicho texto es problemática y que el método seguido en *El Capital* se ciñe a una estructura lógica modificada. Por lo tanto, la proposición de método planteada en la *Introducción* no expresa el método de *El Capital*. Dicho lo anterior, procedemos a examinar el contenido de esta *Introducción*.

Lo primero que es importante destacar es el hecho de que el principal tema de la *Introducción* lo constituye el problema del punto de partida. Sin embargo, éste es planteado en planos muy diferentes que es preciso distinguir. El texto se inaugura con una *respuesta* en la que se afirma que “el objeto a considerar en primer término es la *producción material*”. ¿De qué está hablando Marx? Para saberlo, hay que construir la pregunta a la que se responde. Consideramos que ella es: ¿Cuál es el punto de partida para el estudio de la historia? Y en la respuesta, Marx no hace sino afirmar lo que constituye su interpretación materialista: el análisis de la producción es el punto de partida para una comprensión científica de la historia.

Aceptando la respuesta anterior (que remite a las elaboraciones en las que Marx fundamenta su interpretación de la historia), se plantea una segunda pregunta: ¿de cuál producción material es necesario partir? Marx distingue tres posibilidades: a) partir de la producción en general, independientemente de cualquier determinación histórica; b) partir de los estadios más primitivos de la producción y seguir su evolución, y c) tomar como punto de partida un estadio ya desarrollado de la producción y desde allí completar posteriormente la secuencia histórica. Los argumentos ofrecidos por Marx se inclinan por esta última posibilidad. Descarta la producción en general, pues estima que en la medida que escapa a toda determinación histórica ella no es sino una “abstracción” (connotación feuerbachiana). Y

---

<sup>11</sup> L. Althusser y E. Balibar, *Reading Capital*, New Left Books, Londres, 1970, p. 86.

al confrontar las dos últimas posibilidades, defiende la necesidad de partir del modo de producción capitalista por cuanto es en él y sólo en él que el concepto de trabajo (indispensable para explicar la producción) se convierte en una categoría científica simple, abstracta (connotación no feuerbachiana) e idónea, dado el carácter que en la práctica exhibe el trabajo asalariado.

Al señalar que la explicación científica de la historia debe iniciarse con el análisis de la producción capitalista, Marx está estableciendo simultáneamente una diferencia entre el status teórico de su interpretación materialista de la historia y su posterior explicación científica.

Resulta evidente que para Marx su interpretación materialista representa un conjunto de criterios que permiten y anteceden la comprensión de la historia, pero que en sí *no constituyen ni fundan una ciencia*. Por el contrario, el análisis del modo de producción capitalista constituye el primer paso de un análisis de pretensión científica que a la postre, y luego de otros pasos en la explicación del devenir histórico, podrá conferirles a los criterios que le sirvieron de base (la interpretación de la historia) validez científica. Sólo entonces, y no antes, podrá sostenerse que la interpretación marxista de la historia descansa sobre bases científicas. Esta relación entre las dos principales contribuciones teóricas de Marx no ha sido adecuadamente reconocida por las tradiciones marxistas posteriores.

Pero la preocupación por el punto de partida en la *Introducción* de 1857, es llevada todavía más lejos. Una vez alcanzada la conclusión de que es preciso partir del modo de producción capitalista, Marx se plantea el problema del punto de partida que requiere su explicación. Pues bien, es en esta respuesta donde la *Introducción* se hace particularmente vulnerable. Marx nos señala que la apariencia sugiere que se debiera partir de lo concreto, de la población, para luego por vía del análisis llegar a ciertas categorías abstractas y generales. Una vez alcanzadas estas categorías abstractas, se debería efectuar un recorrido inverso, capaz de producir una explicación de lo concreto (nuevamente la población), esta vez como síntesis de múltiples determinaciones. Sin embargo, una vez planteada esta opción, Marx la objeta. Señala que bien examinado el punto de partida sugerido (la población) es una abstracción, es vacía, por cuanto está carente de sus determinaciones. Por lo tanto, concluye Marx, no hay que partir de lo concreto sino de aquellas categorías abstractas que permitirán explicarlo al término del análisis. El trayecto lógico sugerido en la *Introducción* se inicia en lo abstracto y termina en lo concreto.

Evidentemente la conclusión no se deduce de las premisas. Marx no puede sostener simultáneamente que el punto de partida propuesto es in-

adecuado por ser abstracto, para concluir que se debe partir de lo abstracto. En la medida que concluye esto último, está nuevamente suponiendo que el punto de partida es concreto, con lo que se le exige de la crítica. Pero ésta constituye tan sólo una primera manifestación del problema. Lo que está sucediendo es que Marx ha introducido en su argumentación dos conceptos diferentes y antagónicos de abstracción. El primero es aquel de raíz feuerbachiana que ha usado abundantemente desde sus tempranos escritos. El segundo, uno nuevo, que proviene de la necesidad de distinguir determinadas “categorías” para explicar la producción capitalista. La presencia de este nuevo concepto es sintomática de que la epistemología empirista sustentada hasta entonces está haciendo crisis; pero tal crisis todavía no se resuelve. Para hacerlo, Marx deberá estabilizar su nuevo concepto de abstracción y hacer abandono de aquél de raíces feuerbachianas. Ello sólo sucederá cuando se aboque a la lectura de la *Lógica* de Hegel y confirme en dicha obra la necesidad de recurrir a conceptos que no poseen un referente inmediato y que, en tal sentido, definirá como abstractos. Sin embargo, la *Lógica* llegará a sus manos un mes después de haber terminado la *Introducción*.

Pero el problema del punto de partida para analizar la producción capitalista no es sólo lógico, es también factual. En otras palabras, no se trata de que objetemos sólo la lógica que conduce a su conclusión, sino que sostenemos que, en los hechos, Marx corrige esa conclusión errada. Y ello requiere ser demostrado en los hechos

Cabe reconocer que luego de terminada la *Introducción*, Marx no inicia su exposición del análisis del modo de producción capitalista, obra que la *Introducción* debía anteceder. Por el contrario, Marx posterga esta empresa e inicia, en su reemplazo, un conjunto de reflexiones diversas, contenidas en varios cuadernos, las que serán publicadas después de su muerte bajo el nombre de Grundrisse. Pues bien, si examinamos tanto el contenido de estos borradores como la correspondencia de Marx durante este período, comprobamos que en forma recurrente el problema del punto de partida es planteado una y otra vez. En las primeras referencias se constata que Marx se inclina por iniciar su exposición sistemática a partir del análisis del valor, concepto que define como abstracto, y que representa, por lo tanto, una postura que sigue siendo fiel a la conclusión de la *Introducción*. Sin embargo, en referencias posteriores, se comprueba que Marx duda de la conveniencia de este punto de partida y en carta a Engels de abril de 1858 le insiste que está consciente de que las categorías más abstractas siempre remiten a una particular base concreta de las que ellas

han sido precisamente abstraídas<sup>12</sup>. Dos meses más tarde, en junio de 1858, Marx inicia sus notas escribiendo que la primera categoría bajo la cual se presenta la riqueza burguesa, es la mercancía. En ella, escribe Marx, hay dos dimensiones, un valor de uso y un valor de cambio. El valor de cambio, señala, consiste en aquello que hace que un objeto sea una mercancía. Avanzando unas líneas en esta explicación, Marx abre un paréntesis que no alcanza a cerrar, pues interrumpe el texto para siempre. Los *Grundrisse* han terminado y Marx ha encontrado su punto de partida. De inmediato inicia su primera exposición sistemática del análisis de la producción capitalista: la *Contribución a la Crítica de la Economía Política*. Su punto de partida es la mercancía, como lo será también más adelante en *El Capital*.

Hemos demostrado que Marx modifica su punto de partida. Que habiéndose inclinado inicialmente por el valor, que considera abstracto, opta al final por la mercancía. Queda pendiente, sin embargo, determinar si la mercancía confirma o contradice la conclusión de la *Introducción*, pues pudiera suceder que siendo diferente del valor, Marx la considerara igualmente abstracta. Pues bien, si nos atenemos al tratamiento que Marx le confiere a la mercancía al inicio de su análisis, comprobamos que la incorpora tal como ella se presenta a los agentes de la práctica capitalista en su inmediatez y, por lo tanto, como algo concreto. Pero, más allá de la referencia al tratamiento que Marx le confiere, disponemos del pronunciamiento del propio Marx al respecto. En efecto, una vez publicado el primer volumen de *El Capital*, Adolph Wagner critica a Marx señalando que su punto de partida y fundamento de todo el análisis posterior sería la abstracción del valor, la que constituiría una ficción arbitraria inventada por Marx. Pues bien, en unas notas escritas entre 1879 y 1880, Marx se hace cargo de la crítica de Wagner y en forma reiterada sostiene que no ha partido del valor, sino de la mercancía y que ésta representa no sólo algo concreto sino “el concretum económico más simple”<sup>13</sup>. Marx no ha seguido, por lo tanto, el trayecto de lo abstracto a lo concreto propuesto en la *Introducción* de 1857.

#### IV. La Estructura Lógica de *El Capital*

Para determinar la estructura lógica de *El Capital* es necesario, por lo tanto, abandonar el supuesto de que allí se sigue la proposición de la *Introducción*. Sin embargo, de todos los criterios posibles para definir di-

<sup>12</sup> C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1957, p. 79.

<sup>13</sup> T. Carver, *Karl Marx: Texts on Method*, Blackwell, Oxford, 1975, p. 199.

cha lógica, consideramos que ninguno posee la importancia del principio de la abstracción para comprender el carácter de las soluciones teóricas allí contenidas. Pudiéndose dar cuenta de la estructura lógica de esta obra destacando otros aspectos, sostenemos que todos los demás se subordinan a la relación entre lo abstracto y lo concreto.

La premisa central del planteamiento de Marx es que la explicación del modo de producción capitalista descansa en la ley del valor, postulada originalmente por los economistas clásicos. Como sabemos, esta ley afirma, en términos generales, que el valor que poseen los diferentes bienes en el intercambio es expresión del trabajo de que ellos son portadores. Esta ley había sido sugerida inicialmente por William Petty, recogida posteriormente por Adam Smith y reiterada más adelante por David Ricardo. Según Marx, este descubrimiento teórico marca una época en la historia de la raza humana<sup>14</sup>. Sin embargo, a pesar de poseer el mérito de descubrimiento la economía clásica no fue capaz de afirmar la ley del valor de manera consistente. Uno de los principales problemas enfrentados por los clásicos fue la dificultad que encontraron al calcular el valor de un producto de acuerdo al valor de los factores que concursen en su producción y según el propio valor del producto final. Suponiendo que el monto gastado en salarios expresaba el valor del trabajo y que el resto de los factores transferían su valor al producto final, los clásicos consideraban que el valor determinado según la suma del valor de los factores debía ser igual al valor del producto final. La realidad les mostraba, sin embargo, que este último tendía a ser mayor, lo que evidentemente desafiaba la ley del valor.

Enfrentados a este problema, Smith y Ricardo reaccionan de manera diferente. Smith considera que la situación detectada demostraba que la ley del valor había dejado de tener validez con la emergencia del capitalismo, habiendo sido una ley plenamente válida en las sociedades que le antecedieron. La aparente colisión entre la ley y la realidad inclina a Smith a sacrificar la ley y optar por la realidad. Ricardo, sin embargo, hace lo contrario; prescinde de la contradicción y, aunque no la resuelve, opta por afirmar su plena confianza en la teoría. Este comportamiento, que según cánones convencionales sería expresivo de una actitud muy poco científica, demostrará, según Marx, el genio científico de Ricardo, pues comprendió la importancia y validez de la ley del valor.

Lo anterior define el carácter de la tarea que Marx se propone en *El Capital*: resolver las contradicciones que encararan los clásicos al afirmar la ley del valor y demostrar que ésta es la única vía para explicar el modo

---

<sup>14</sup>C. Marx, *El Capital*, Vol. 1, p. 39.

de producción capitalista. Visto así el desafío asumido por Marx, *El Capital* aparece como una obra de gran contenido dramático, pues la afirmación de la ley del valor se realiza en una lucha frontal contra las apariencias. Ello lo veremos más adelante. Por el momento cabe destacar que la solución ofrecida por Marx descansa en dos principios fundamentales.

El primero de ellos consiste en objetar uno de los supuestos con tenidos en la forma cómo los clásicos enfrentaron el problema. El sostener que los salarios representaban el valor del trabajo incorporado al proceso productivo supone plantear el problema del valor del trabajo. Pues bien, Marx sostiene que no puede afirmarse que el valor es trabajo, como sostiene la ley, y luego preguntarse por el valor del trabajo. Si el trabajo es aquello que da cuenta del valor, la pregunta por el valor del trabajo no tiene sentido. Según Marx, el valor involucrado en los salarios no es el valor del trabajo, sino el valor de la fuerza del trabajo, de la capacidad de trabajo del obrero. Al comprenderlo así, se resuelven simultáneamente dos problemas. En primer lugar, el valor de la fuerza de trabajo permite su determinación por la ley del valor. Este sería el trabajo necesario para producir y reproducir la capacidad de trabajo del obrero. En segundo lugar, se aclara aquella diferencia encontrada por los clásicos entre el valor de los factores que intervienen en la producción y el valor del producto final. En efecto, si lo que el capitalista compra no es el trabajo, sino la fuerza de trabajo, se comprueba que el uso de la fuerza de trabajo (a diferencia de lo que sucede con el uso de cualquier otra mercancía) genera trabajo y el trabajo genera valor. Por lo tanto, la fuerza de trabajo involucra dos magnitudes de valor. El valor asociado a su valor de cambio (su valor en el mercado) y el valor asociado a su uso productivo y a su capacidad de generar valor (valor de uso). En economías que se encuentran por sobre el nivel de subsistencia, estas dos magnitudes de valor difieren y el valor producido por la fuerza de trabajo resulta superior a su propio valor. Esta diferencia es lo que Marx llamará la plusvalía y constituye el elemento que impedía establecer la equivalencia entre las dos magnitudes de valor calculadas por los clásicos. Según Marx, la plusvalía expresa por lo demás el aspecto fundamental en las relaciones capitalistas de producción, pues en ella se manifiesta simultáneamente el mecanismo de la explotación capitalista, la forma cómo el capital se apropia del excedente producido por el trabajo. La ley del valor permite: 1° explicar la determinación de ambas magnitudes de valor involucradas en la determinación de la plusvalía (el valor de la fuerza de trabajo y el valor del trabajo desplegado por el asalariado); 2° reconocer que el excedente es producido por los trabajadores; y 3° comprender el mecanismo de apropiación del excedente por el capital en cuanto ha sido éste el que

ha comprado la fuerza de trabajo y la legalidad burguesa le confiere a su propietario el derecho a su consumo (consumo que genera el valor excedentario). He allí la importancia que para Marx reviste la validez de la ley del valor en la economía capitalista.

El segundo principio en el que Marx apoya su solución consiste en introducir una clara distinción entre el nivel de lo concreto y el nivel de lo abstracto. Ello resultará fundamental en la posibilidad de afirmar que la ley del valor es plenamente válida. Para Marx lo concreto constituye la realidad inmediata, el nivel de las apariencias y de los fenómenos, y todo aquello que forma la conciencia espontánea de los agentes que participan en una práctica determinada. Marx señala que no es posible explicar la realidad de mantenerse al nivel de lo inmediato. La comprensión científica de la realidad exige trascender la apariencia para alcanzar la esencia de las cosas, la cual no se manifiesta directamente. La abstracción representa para Marx el recurso que permite trascender lo inmediato y que conduce a la esencia culta de la realidad. Para Marx, el nivel de las apariencias representa la expresión y la forma de existencia de una dimensión esencial oculta. Pero al afirmar el carácter oculto de la esencia de la realidad, Marx reconoce que la relación entre esencia y apariencia es una relación problemática. El nivel de las apariencias se presenta como una negación del nivel esencial y uno de los desafíos que enfrenta la ciencia consiste en demostrar que tras esa negación se encubre una forma particular de realización de la esencia. La influencia hegeliana en esta posición es innegable. Pues bien, la distinción apuntada entre lo concreto y lo abstracto permite trazar una clara demarcación entre aquellos conceptos concretos que poseen referentes inmediatos directos y aquellos conceptos abstractos que, siendo fundamentales para explicar lo concreto, no poseen tales referentes y establecen una relación problemática con la conciencia espontánea de los agentes que participan en la práctica social. Conceptos como los de valor, como el del trabajo asociado al valor (trabajo abstracto), de plusvalía o de valor de la fuerza de trabajo son conceptos abstractos y, en tal sentido, requieren ser nítidamente distinguidos de sus conceptos homólogos al nivel de lo concreto, como lo son los de precio, del trabajo que conduce a la producción de un bien particular (trabajo concreto), de ganancia o de salario. El precio no es igual al valor, ni la ganancia es igual a la plusvalía, aunque en cada caso los primeros no representan sino la expresión aparente de los segundos.

Los conceptos que forman parte de la ley del valor (el valor y el trabajo que se le asocia) se encuentran ambos en el nivel de lo abstracto y, por lo tanto, este es el nivel en el que Marx sitúa la vigencia de la ley del valor. Ello constituye un reconocimiento de la mayor importancia para

comprender el papel que Marx le confiere a esta ley al interior de su análisis. Siendo la ley esencial del capitalismo, Marx aceptará que precisamente por su carácter esencial ella entrara en contradicción con el nivel de las apariencias. No obstante lo anterior, será gracias a esta ley que las apariencias podrán ser explicadas y, según Marx, revelarán ser la forma concreta de existencia de la propia ley.

No basta, por lo tanto, con el primer principio de resolución introducido por Marx frente al tratamiento que los clásicos hicieron de la ley del valor; principio que genera los conceptos de fuerza de trabajo y de plusvalía. Incluso luego de la introducción de estos conceptos, la ley del valor seguirá manteniendo contradicciones con el comportamiento económico concreto. La afirmación de la validez de la ley del valor requiere asumir una postura epistemológica que, mediante la separación de los niveles de lo abstracto y lo concreto, permita simultáneamente asumir las colisiones de la ley con la realidad y a la vez afirmar su plena validez<sup>15</sup>.

Una vez establecido que *El Capital* reconoce dos niveles de análisis diferentes, el concreto y el abstracto, es preciso establecer la articulación planteada entre ellos o, dicho en otras palabras, su estructura lógica. Este aspecto no fue irrelevante para Marx. Por el contrario, Marx exhibe un especial orgullo frente a la resolución de los problemas de la estructura lógica de su obra, al punto de señalar que ésta representa un verdadero “conjunto artístico”<sup>16</sup>. Tal como se ha demostrado con anterioridad, Marx opta incluso por atrasar la exposición de su análisis mientras no se encuentra plenamente satisfecho con la elección de su punto de partida.

Pues bien, Marx considera que si bien el análisis no puede prescindir del nivel de la abstracción, éste no debe ser introducido de buenas a primera, exigiendo a quien desee seguirlo que acepte conceptos en apariencia ajenos a la realidad. Evidentemente el lector puede rehusarse y objetar el conjunto del análisis por estar fundado en “abstracciones”. Recordemos que ésta fue, por lo demás, la crítica de Adolph Wagner. Sin embargo, Marx ha previsto este punto de vulnerabilidad y está en condiciones de replicar desde una buena posición a la crítica de Wagner. Uno de los problemas que detienen a Marx frente a la proposición de la *Introducción* es precisamente el quedar expuesto a esta vulnerabilidad. Es necesario, por lo tanto, encontrar un objeto inicial de análisis que permita precisamente

---

<sup>15</sup> Es importante considerar que Marx no llega a afirmar la validez de la ley del valor por haber adoptado esta postura epistemológica. El proceso ha sido el inverso. Llega a tal postura epistemológica como condición de coherencia para afirmar la ley del valor.

<sup>16</sup> C. Marx y F. Engels, *Correspondencia*, p. 141.



efectuar el proceso de abstracción y, en consecuencia, otorgarles un fundamento concreto a los conceptos abstractos. Lo abstracto debe resultar como una necesidad emanada de un análisis inicial de lo concreto. Ello es precisamente lo que permite el análisis de la mercancía. A través del reconocimiento de sus dos dimensiones, valor de uso y valor de cambio, es posible acceder al concepto de valor y de este último acceder al concepto de trabajo abstracto, con lo cual ya se tiene formulada la ley del valor.

Sin embargo, a la vez que Marx considera que lo abstracto debe ser inducido de lo concreto, lo abstracto debe justificar su inclusión en el análisis sometándose a lo concreto al final del recorrido. En sus tramos finales, el análisis de lo abstracto debe demostrar su capacidad de explicar el conjunto de los fenómenos que constituyen la totalidad concreta del objeto de estudio. Ello implica que todas las contradicciones que en el recorrido puedan haber surgido entre lo abstracto y lo concreto, al final deben ser resueltas. Pero el análisis debe ir incluso algo más lejos. En la medida que el conocimiento esencial de la realidad difiere de la conciencia espontánea de los agentes que participan en la práctica social, la ciencia, según Marx, debe estar en condiciones de explicar también los factores que determinan esa conciencia espontánea diferente. Por lo tanto, si bien por un lado lo abstracto debe someterse a lo concreto al final del recorrido, a la vez tal sometimiento debe ser expresivo del triunfo de lo abstracto sobre lo concreto a través de su capacidad de explicar el comportamiento fenoménico y la conciencia espontánea de los agentes involucrados.

Existen, por lo tanto, dos momentos decisivos desde el punto de vista de la lógica sugerida. Ellos son, por un lado, el paso de lo concreto a lo abstracto en la fase inicial del análisis (el tránsito de la inducción) y, por otro, el paso de lo abstracto a lo concreto en la fase final (el tránsito de la deducción). En ambos se procede de un tipo de conocimiento sobre la realidad a otro que difiere del anterior. De allá que estos dos momentos se confundan en *El Capital* con el problema del fetichismo. El fetichismo es el problema del reconocimiento del carácter distorsionado de la conciencia espontánea. En el momento inicial, el de la inducción, se trata del fetichismo de la mercancía (objeto inicial del análisis); en el momento terminal, el de la deducción, se trata del fetichismo del capital (objeto final del análisis).

En *El Capital* los niveles de lo concreto y de lo abstracto se articulan entre sí formando una determinada estructura lógica. Resumiendo: el punto de partida es un elemento concreto particular que permite alcanzar el nivel de lo abstracto. Una vez alcanzado este nivel, el análisis le confiere prioridad a la abstracción por sobre lo concreto, relegando muchos de los

problemas que surgen de la relación entre ambos niveles para el final del análisis, mientras se completan el conjunto de determinaciones abstractas (la totalidad abstracta). Por último, con el inicio del volumen tercero de *El Capital* se emprende el descenso de lo abstracto a lo concreto, mediante la apropiación de la totalidad concreta por parte del conjunto de las determinaciones abstractas ya desarrolladas. En ello consisten, en síntesis, los rasgos que consideramos fundamentales de la estructura lógica de *El Capital*.

### **V. Problemas que Encuentra la Ley del Valor en el Trayecto Lógico de *El Capital***

El personaje dramático de *El Capital* es la ley del valor. Durante su recorrido lógico ella procurara sortear diferentes vicisitudes. A continuación nos detendremos en algunos de los episodios climáticos que tienen lugar al interior de este desarrollo.

La primera situación de importancia es aquella del nacimiento de la ley del valor al interior del desarrollo argumental de Marx. Habiendo reconocido que el valor es una de las dimensiones de la mercancía, Marx señala que para que el intercambio se realice es necesario que las mercancías involucradas posean algo en común. Pues bien, lo único que poseen en común dos mercancías cualesquiera es el ser productos de trabajo humano. No se trata, sin embargo, de los trabajos concretos requeridos en la producción de una u otra mercancía. Ellos son evidentemente diferentes entre sí. El trabajo que ambas poseen en común es trabajo abstracto, mero despliegue de la capacidad laboral del trabajador independientemente de sus cualidades concretas. De tal argumento Marx concluye que el trabajo es la substancia del valor (o lo que es lo mismo que el valor es la expresión del trabajo) y que la medida del intercambio es el tiempo socialmente necesario para la producción de ambas mercancías. Ello representa la formulación de la ley del valor. El argumento que la genera es planteado por Marx como la *única solución posible* al problema del intercambio. Con el tiempo, sin embargo, esta solución ha enfrentado dos obstáculos que resulta importante identificar. El primero de ellos ha provenido del desarrollo de las concepciones marginalistas de la utilidad desde las cuales se plantea, al menos, que la solución de Marx no es la única lógicamente posible. El mismo problema permite ser resuelto buscando, no en los objetos que se intercambian, sino en los sujetos que participan del intercambio, la condición de equivalencia que lo hace posible. A la teoría objetiva del valor propuesta por Marx, hoy se contraponen una teoría subjetiva desarrollada

por Jevons, Menger y Marshall. El segundo obstáculo resulta de las críticas que ha generado el concepto de trabajo abstracto de Marx. Diversos autores, entre ellos Joan Robinson<sup>17</sup>, consideran que con la introducción del concepto de trabajo abstracto Marx estaría eludiendo, antes que resolviendo, el problema que surge de las diferencias entre los trabajos concretos de los que son portadores las mercancías<sup>18</sup>.

A poco andar el volumen primero de *El Capital*, la ley del valor tropieza con un serio obstáculo<sup>19</sup>. Marx ha afirmado que la plusvalía representa aquel valor-excedente generado por el trabajo por sobre el valor de la fuerza de trabajo. Para distinguir con claridad la parte del capital destinada a comprar la fuerza de trabajo y que se relaciona con la creación de la plusvalía, de aquella que se destina a la compra de medios de producción y que sólo transfiere su valor al producto final, Marx distingue entre el componente variable del capital (destinado a la compra de la fuerza de trabajo) y el componente constante (destinado a la compra de los medios de producción). A partir de estos conceptos, Marx define la tasa de plusvalía como el cociente entre la plusvalía y el capital variable y la tasa de ganancia como el cociente entre la plusvalía y el capital total (capital variable más capital constante). De cumplirse la ley del valor, para una misma situación histórica y por tanto para una misma tasa de plusvalía, la tasa de ganancia debe estar en proporción directa con la participación del capital variable en el capital total. En otras palabras, será mayor la tasa de ganancia mientras mayor sea la proporción del capital variable dentro del capital total, en la medida que la ley del valor sostiene que el capital variable genera el excedente. Pues bien, Marx debe reconocer que ello no se cumple en la realidad. Por el contrario, se constata una clara tendencia a la igualización de la tasa de ganancia, independientemente de la composición orgánica del capital (relación entre capital variable y constante). Marx está consciente de la seriedad que esta situación plantea y solicita que se le postergue la exigencia de resolver este problema. Se compromete a darle cumplimiento en la fase final de su análisis. Afirma, incluso, que este problema demostrará que, lejos de poner en cuestión la ley del valor, será sólo *gracias a ella y confirmando plenamente su validez que se le puede resolver*.

Pues bien, en el volumen tercero de *El Capital*, Marx vuelve sobre este problema, esta vez para cumplir con su compromiso de resolverlo. Su

---

<sup>17</sup> J. Robinson, *Economic Philosophy*, Penguin, Harmondsworth, 1964.

<sup>18</sup> Este problema lo hemos tratado más extensamente en R. Echeverría, *Crítica a la Teoría del Trabajo de Marx*, Flacso, Serie Contribuciones N° 1, Santiago, 1980.

<sup>19</sup> Ver C. Marx, *El Capital*, Vol. 1, p. 245.

explicación es relativamente simple<sup>20</sup>. Marx sostiene que la masa total de la ganancia que produce la economía es igual a la masa de plusvalía que resulta de la ley del valor. A nivel social, por lo tanto, el problema no se plantea. Sin embargo, a nivel de los capitales individuales la masa de la ganancia se redistribuye según los volúmenes de capital total, debido a la competencia entre los capitalistas, e independientemente de los capitales variables involucrados. Por lo tanto, *a nivel individual la ganancia no es igual a la plusvalía*. La separación establecida entre los niveles de lo abstracto y lo concreto permite extraer esta conclusión sin poner en cuestión la validez de la teoría.

La conclusión anterior impone algunas consecuencias de importancia. Porque si a nivel individual la ganancia no corresponde con la plusvalía, ello se traduce en que *las mercancías no se venden a su valor*. Salvo para las mercancías producidas por capitales cuya composición orgánica coincida con la media social, *los precios no coinciden con los valores*. Esta es una conclusión que el propio Marx se ve obligado a extraer y sin embargo su confianza en la validez en la ley del valor no cede. Por el contrario, Marx se apoya firmemente en la idea de que si la apariencia coincidiese con la esencia, la ciencia no sería necesaria<sup>21</sup>. Pero a condición, por supuesto, de que la ciencia asuma y resuelva el problema planteado. Marx sigue estando consciente de esta situación y la solución que propone es su conocido argumento de la transformación de valores en precios de producción.

Este argumento no introduce ningún factor adicional. Suponiendo diferentes capitales, expresados en valor, de composición orgánica diferente y suponiendo una tasa de plusvalía determinada, Marx puede determinar las masas particulares de plusvalía producidas sobre la base de mantener constantes el resto de las variables. La suma de todas las plusvalías particulares expresa la masa total de plusvalía generada en la economía, la que puede ahora redistribuirse (tomando en consideración el efecto de competencia entre los capitales) según los volúmenes totales de capital. Mediante este procedimiento se efectúa la transformación de la plusvalía en ganancia y una vez determinada la ganancia se le suman los valores de los capitales variables y constantes, con lo cual se determinan los precios. Esta es, en términos generales, la explicación ofrecida por Marx.

---

<sup>20</sup> Para una explicación esquemática del “problema de la transformación”, ver R. L. Meek, *Smith, Marx y Después: Diez Ensayos sobre el Desarrollo del Pensamiento Económico*, Siglo XXI, Madrid, 1980, caps. 5, 6 y 7.

<sup>21</sup> K. Marx, *Capital*, Vol. 3, Lawrence & Wishart, Londres, p. 817.

Sin embargo, como ha sido vastamente reconocido, se trata de una explicación insuficiente y altamente problemática. En primer lugar, porque el análisis supone que las empresas compran en valores y venden en precios, como si ella se abasteciera directamente del reino de la abstracción. Ello no es así y la explicación debió haber considerado que los capitales variables y constantes iniciales incorporan los diferentes factores productivos expresados también en precios, que, como sabemos, no corresponden a los valores. Tampoco es lícito sumar al final del argumento de la transformación valores con ganancias en la medida que se trata de conceptos situados en niveles de análisis diferentes, como el mismo Marx se ha encargado de reiterar. Por último, en la medida que el argumento de la transformación parte de valores y concluye con precios, cancela toda posibilidad de acometer su verificación y queda, en el mejor de los casos, como una hipótesis plausible. En definitiva, Marx no ha dado cabal cumplimiento a las propias exigencias que se había autoimpuesto. Luego de un recorrido lógico que le acumula problemas a la ley del valor (la relación esencial más importante del análisis) el desenlace no es satisfactorio. El descenso de lo abstracto a lo concreto termina con la caída de la teoría.

Es importante advertir que desde que Marx dejara planteada su solución, se han efectuado diferentes esfuerzos por entregar otras que corrijan los problemas de los que adolece la de Marx. Sin embargo, las diferentes alternativas de solución planteadas, han demostrado un alto grado de vulnerabilidad y han terminado siendo normalmente objetadas. Ello sólo se modificó con la publicación de la célebre obra de Piero Sraffa<sup>22</sup>, que se ha considerado como una demostración consistente de cómo se determina el precio de las mercancías a partir de mercancías consideradas también según sus precios. El problema que reviste la demostración de Sraffa para Marx es que *prescinde* por completo de la teoría marxista del valor. Para la explicación de Sraffa *la ley del valor simplemente no es necesaria*. Ello, por sí solo, contradice la posición de Marx que sostenía que este problema sólo podía resolverse gracias a la ley del valor.

## VI. El Envoltorio Místico de la Dialéctica Marxista

Reiteremos que Marx nos ha planteado que su método de análisis es dialéctico y que su dialéctica ha resultado de una inversión de la dialéctica hegeliana, a la cual se le ha extraído su núcleo racional y se la ha despojado

---

<sup>22</sup> P. Sraffa, *Production of Commodities by Means of Commodities*, Cambridge University Press, Cambridge, 1960.

de su envoltorio místico. Sostenemos, por nuestra parte, que la propia inversión efectuada por Marx posee un núcleo y un envoltorio. Su núcleo comprende el principio de la abstracción. Hay, sin embargo, otros aspectos extraídos de la concepción hegeliana y que nos permitimos llamar el envoltorio místico de la dialéctica marxista. Ellos son, fundamentalmente, los principios de contradicción y de totalidad.

### 1. El Principio de Contradicción

El planteamiento del problema requiere de algunas consideraciones preliminares<sup>23</sup>. La lógica tradicional, desde Aristóteles, ha sostenido que sólo existen contradicciones lógicas, las que expresan una deficiencia en el pensamiento, y que no existen contradicciones en la realidad. El reconocimiento de la existencia y de la deficiencia de las contradicciones lógicas se encuentra expresado en el principio de (no)-contradicción, a través del cual se afirma que dos proposiciones contradictorias no pueden ser ambas verdaderas. Se reconoce que ellas puedan existir, pero se afirma que ambas no pueden ser verdaderas si pertenecen a un mismo dominio de significación. La exclusión del carácter verdadero de dos proposiciones contradictorias excluye a la vez la posibilidad de que puedan existir contradicciones reales. De lo contrario, aquellas proposiciones que dieran cuenta de las contradicciones reales tendrían que ser verdaderas, por cuanto la contradicción estaría fundada en la realidad. Este principio representa un elemento central de la lógica tradicional y ha sido aceptado por gran parte de los sistemas filosóficos. Kant, por ejemplo, si bien acepta la existencia de oposiciones reales, enfatiza la plena validez del principio de (no)-contradicción.

La concepción de Hegel se ha caracterizado, sin embargo, por objetar este principio de la lógica tradicional. Para la filosofía hegeliana no es posible concebir el desarrollo sin reconocer simultáneamente que la contradicción es el fundamento del movimiento. En la medida que el desarrollo es real, la contradicción aludida también lo es. Sin necesidad de entrar a examinar los problemas que resultan de esta posición, es importante constatar que en la filosofía de Hegel existen dos elementos que juegan a su favor y que le confieren una “coartada” a su argumento. Se trata de las dimensiones monistas e idealistas de la filosofía hegeliana. En la medida que Hegel, por un lado, tiende a disolver la separación tajante entre realidad objetiva y conciencia y, por otro, sitúa la realidad en la conciencia,

---

<sup>23</sup> En este punto se sigue de cerca el pensamiento de Colletti. Ver L. Colletti, *Marxism and Hegel*, New Left Books, Londres, 1973.

cuando habla de la existencia de contradicciones reales se refiere simultáneamente a las contradicciones lógicas, cuya existencia no ha sido puesta en duda por la lógica tradicional. Y cuando Hegel habla de desarrollo real está aludiendo nuevamente al desarrollo del pensamiento y, por lo tanto, está también implicando que la existencia de contradicciones lógicas constituye un principio de su desarrollo. Ahora bien, ello es hasta cierto punto efectivo, por cuanto la existencia de una contradicción lógica exige ser superada e impulsa el desarrollo del pensamiento. Sin embargo, como ha señalado acertadamente Popper<sup>24</sup>, pudiendo reconocerse que las contradicciones (lógicas) ejercen un papel importante en la historia del pensamiento y en el desarrollo intelectual de un pensador, no es menos cierto que cualquier detección de una contradicción lógica expresa una deficiencia del pensamiento y que nadie que se pretenda lógicamente consistente puede fundarse en ellas, como pretende Hegel.

Cuando de Hegel nos trasladamos a Marx, los problemas involucrados en la afirmación de contradicciones reales se hacen insolubles. Es evidente que Marx está aceptando acriticamente la posición hegeliana sobre la existencia de contradicciones reales. Sin embargo en la medida que su postura se distancia del monismo predicado por Hegel y que adopta una posición materialista, las “coartadas” que jugaban a favor de Hegel desaparecen y Marx queda expuesto a posiciones indefendibles. Las contradicciones reales afirmadas por Marx ya no logran confundirse tras las contradicciones lógicas.

Si se examina el razonamiento lógico de Marx se constata que éste adhiere estrictamente a los principios de identidad y de (no)-contradicción en cuanto reconoce que una contradicción lógica es una deficiencia del análisis. Su crítica a los economistas de su época descansa precisamente en acusarlos por incurrir en contradicciones lógicas. La disparidad entre la plusvalía y la ganancia también es reconocida por Marx como una contradicción en el sentido de que ello define un problema que requiere ser resuelto. En la medida que Marx respeta el principio de (no)-contradicción puede concluirse, como hace Adam Schaff<sup>25</sup>, que Marx rechaza toda contradicción. Sin embargo, ello es equivocado. Si bien Marx rechaza toda contradicción lógica, a la vez concibe la existencia de contradicciones reales, que el pensamiento expresa en proposiciones contradictorias cuyo fundamento no es lógico, sino real, lo que permitiría que ambas fueran verda-

---

<sup>24</sup> K. Popper, “What is Dialectic?”, *Mind*, 49, 1940.

<sup>25</sup> A. Schaff, “Marxist Dialectics and the Principle of Contradiction”, *The Journal of Philosophy*, LVII, 7, 1960.

deras. En este caso, el pensamiento sólo reflejaría el carácter contradictorio de la realidad

Es interesante examinar cuáles son las contradicciones reales identificadas por Marx. En términos generales, las hay de dos tipos. Las primeras son aquellas que en un sentido riguroso no justifican ser definidas como tales, a menos que tras la afirmación de contradicciones reales se estime que lo que Marx está haciendo sea introducir un concepto diferente de contradicción. Evidentemente si se tratara de un cambio de concepto, desaparece el problema de las contradicciones reales. Ejemplos de ese primer tipo de contradicciones reales son aquellos entre las fuerzas productivas y las relaciones de producción, o entre el carácter privado de la propiedad capitalista y la socialización y concentración crecientes de la producción. Sin distorsionar el planteamiento de Marx, se debe reconocer que los términos de tales supuestas contradicciones se sitúan en dominios diferentes y que las relaciones a las que Marx alude permiten ser consideradas en términos de oposiciones. Lo mismo sucede con el carácter contradictorio que Marx les asigna a las relaciones de clase. En todos estos casos se está frente a eventuales oposiciones reales presentadas bajo el envoltorio de contradicciones hegelianas. El problema se resuelve mediante la modificación de la forma del argumento.

Existe, sin embargo, en el análisis de Marx un segundo tipo de contradicciones reales cuya presencia al interior de la argumentación posee eficacia lógica y compromete conclusiones. Su presencia, por lo tanto, no es meramente formal. Es el caso, por ejemplo, de la contradicción atribuida a la mercancía y que se expresa en su dimensión particular (asociada a su valor de uso) y en su dimensión universal (asociada a su valor de cambio). Al concebir la mercancía como una contradicción real, Marx explica la emergencia del dinero. Según Marx, el dinero surge respondiendo a la necesidad de resolución que plantea la contradicción de la mercancía. La resuelve porque la particularidad del dinero es su universalidad. Sin embargo, a la vez que la resuelve, genera otra contradicción al introducir la separación entre el momento de la venta y el momento de la compra, separación que hará posible las grandes crisis del capitalismo. Evidentemente el análisis se encuentra “contaminado” por la eficacia lógica que asumen estas supuestas contradicciones reales.

Un segundo ejemplo dice relación con el análisis ofrecido por Marx sobre las relaciones capitalistas de producción. Partiendo del reconocimiento de que ellas están fundadas en la separación del capital y el trabajo, Marx hace presente que el capital representa el conjunto de los medios de producción. Ello permite establecer que el trabajo es el único factor subjeti-



vo y activo al interior del proceso de producción, mientras que los medios de producción constituyen el conjunto de factores objetivos y pasivos. Sin embargo, sin que el capitalismo pueda alterar este aspecto esencial, establece una relación que le es contradictoria. El capital se erige en el factor subjetivo y activo y transforma el trabajo en objeto de su apropiación y sometimiento. En la medida que las relaciones capitalistas de producción son contradictorias, se plantea la necesidad de su superación en un momento diferente fundado en el sometimiento del conjunto de los medios de producción al dominio de los trabajadores. El identificar las relaciones capitalistas de producción como contradictorias representa un elemento decisivo para postular no sólo la necesidad de la revolución, sino el carácter comunista de la sociedad futura.

Nuevamente, cabe plantearse si la contradicción real identificada por Marx no es el resultado de un enfoque equivocado que tiende a constituir la precisamente porque no distingue con rigurosidad los planos en que se sitúan sus términos. Si se entiende que la mercancía posee un carácter particular y, en un plano diferente, se le reconoce su capacidad indiferenciada de intercambio (asociada por lo tanto a lo universal), no se deduce que ello encierra una contradicción. Lo mismo sucede con la relación de producción capitalista. Cabe reconocer que el trabajo representa el fundamento del poder transformador del hombre sobre la naturaleza en un marco sin mediaciones. Pero cuando el trabajo se encuentra sometido a una lógica social, surgen nuevos elementos de poder (como es la propiedad sobre los medios de producción, sea ésta individual o estatal) de los cuales depende ahora la capacidad de activar el proceso productivo y a los cuales se subordina necesariamente el poder transformador del trabajo. De esta manera, se aborda la realidad que se procuraba explicar, evitando la constitución de contradicciones reales (constituidas en rigor por las deficiencias del enfoque) y por lo tanto eludiéndose la eficacia lógica que plantea la contradicción real, vía “la necesidad de su superación”. Esta necesidad de la superación demuestra ser un efecto propio de la limitación del enfoque y no una necesidad inherente al objeto de estudio<sup>26</sup>.

---

<sup>26</sup> Lo mismo sucede con el ejemplo utilizado por Plejanov para ilustrar que la contradicción es el principio de todo movimiento (ver G. V. Plekhanov, *Fundamental Problems of Marxism*, Progress Publishers, Moscú, 1962, p. 60). Según Plejanov, un cuerpo en movimiento es aquel que en un momento determinado está en un lugar determinado y al mismo tiempo no está. Plejanov considera que los más encarnizados oponentes de la dialéctica deben aceptar esta proposición. Sin embargo, tendrá que convenir que ella no explica el movimiento, que le es externa y que es completamente estéril para avanzar en el conocimiento del movimiento. Se trata de un enfoque que arrastra las limitaciones de una lógica restrictiva. Los avances posteriores en el campo de la lógica, particularmente a partir de Frege, demuestran que es posible y necesario seguir rechazando la existencia de contradicciones reales.

Es sorprendente comprobar los notables esfuerzos de malabarismo que se han efectuado al interior del marxismo para ofrecer interpretaciones coherentes sobre la importancia y el carácter de las contradicciones reales. Intentos como el de Althusser, con su teoría de la sobredeterminación<sup>27</sup> o de Godelier, con su distinción entre contradicciones dentro y fuera de la estructura<sup>28</sup>, representan, sin duda, elaboraciones interesantes dentro de las corrientes más vitales del pensamiento marxista. Pero son, al final de cuentas, igualmente inconducentes.

## 2. El Principio de Totalidad

Sabemos que Marx sostiene que su análisis concluye con la explicación de la totalidad concreta. Con ello se alude a dos planos diferentes. Por un lado, al hecho de que se ha completado el análisis del capital, en cuanto fundamento que contiene todas las determinaciones de este particular modo de producción. Por otro, tales determinaciones han sido proyectadas al conjunto de la sociedad, lo que ha permitido reconocer la constitución de las diferentes clases sociales, que representan los sujetos sociales efectivos de la sociedad burguesa. Desde una perspectiva diferente es importante reconocer que el punto terminal del análisis representa la reproducción conceptual de la realidad a través de la unidad de los niveles de lo abstracto y lo concreto.

Sin embargo, ¿se trata efectivamente de la totalidad concreta? Nuevamente consideramos que se trata de una apropiación no rigurosa de conceptos hegelianos. En efecto, si se alude a la totalidad se apunta necesariamente a un principio que no deja nada fuera de sí, que lo comprende todo. Para Hegel, la elección del concepto de totalidad era riguroso. El desarrollo que Hegel sigue en *La Fenomenología del Espíritu* concluye con el Espíritu Absoluto y aquel de la *Ciencia de la Lógica* termina con el Ser en todas sus determinaciones. En ambos casos el punto terminal del análisis coincide con Dios y, por lo tanto, con la más rigurosa de las totalidades en términos conceptuales, en la medida que se la define como aquello que todo lo contiene, fuera de lo cual no hay nada y más allá de lo cual nada puede ser pensado. El punto terminal del análisis representa, por lo tanto, un punto de conocimiento perfecto. Pero dicha perfección le está conferida por su identificación con Dios.

---

<sup>27</sup> L. Althusser, *La Revolución Teórica de Marx*, cap. 3.

<sup>28</sup> M. Codelier, "Structure and Contradiction in Capital", en R. Blackburn (ed.), *Ideology in Social Science*, Fontana, Suffolk, 1973.

Para Marx la totalidad es muy diferente, al punto que no corresponde concebirla como tal. En primer lugar, la producción capitalista no permite ser concebida como totalidad por cuanto al ser examinada hacia fuera de sí, se comprueba que está delimitada y determinada. Ni la producción es todo lo concreto ni la producción capitalista es toda producción. Además de la producción, existen otras esferas no menos concretas de la actividad social de los hombres y además de la producción capitalista existen y han existido otras formas de producción. En la medida que ello es reconocido por el mismo Marx, debemos concluir que el concepto de totalidad no es consistente con su propia concepción. Es preciso reconocer que el concepto de totalidad es inadecuado, por cuanto se refiere a un modo de producción (primera determinación) particular (segunda determinación).

Pero tampoco corresponde concebir como totalidad la producción capitalista al examinarla internamente. Ello por cuanto no todos los fenómenos económicos posibles están contenidos dentro de su análisis. Lo que en rigor encontramos es el desarrollo analítico de lo que Marx considera que constituyen las leyes internas del desarrollo del capitalismo, subordinadas a la ley fundamental del valor y, a partir de la cual, un número importante de fenómenos procuran ser explicados. Independientemente de los problemas que pueda adolecer este análisis, la producción capitalista tampoco ha sido explicada en su totalidad y el principio de las leyes internas fundamentales, asociado a aquel de la abstracción, es diferente del de la totalidad<sup>29</sup>.

Al afirmarse, sin embargo, la validez del principio de totalidad se generan algunos efectos importantes que es necesario tener en cuenta. De una u otra manera, se tiende al desarrollo de una concepción dogmática. Ello puede percibirse, al menos, en dos variantes. La primera, que tiene su más clara expresión en Lukacs (y en la fusión de Hegel y Lenin que éste hace en su interpretación del marxismo), sostiene que el marxismo constituye la verdadera conciencia de clase del proletariado cuya superioridad frente a cualquier otra forma de conciencia de clase (y obviamente frente a la burguesa) consiste en su principio de totalidad, en su capacidad de percibir la realidad social de acuerdo a un principio que ordena y subordina el conjunto de relaciones sociales, que supera los intereses obligadamente particulares de las demás clases y que, finalmente, es portadora de una efectiva voluntad universalizadora que culminará en la plena liberación del

---

<sup>29</sup> A menos que para solucionar este problema se acuda a "malabarismos dialécticos", introduciendo contradicciones reales, apoyándose en contradicciones lógicas y presentando como solución lo que sólo constituye una expresión de la confusión.

hombre<sup>30</sup>. La segunda variante dogmática está asociada, más bien, a un rasgo que, sin serle exclusivo, se comprueba muy fuertemente en el pensamiento soviético. En la medida que Marx habría explicado la totalidad concreta, no sólo ha fundado una ciencia, sino que simultáneamente la ha constituido en su plenitud y, por lo tanto, la ha clausurado. Por ser el marxismo el conocimiento de la totalidad, es conocimiento total. No es la conclusión la equivocada, obviamente es la premisa. En sus fundamentos, el marxismo sería un conocimiento definitivo y no cuestionable. La primera variante considera al marxismo como un conocimiento superior, la segunda como conocimiento perfecto. En uno y otro caso se trata de atributos que se le asignan al marxismo en virtud de suponer que a través de él se accede a la totalidad.

Al igual como el concepto marxista de contradicción, el de totalidad es el resultado de una *transposición no rigurosa de categorías hegelianas*. Ambos han tenido el efecto de conferirle un “halo dialéctico” al análisis y han conducido muchas veces a definir la dialéctica marxista en torno a ellos. Así como ciertos intérpretes posteriores han destacado el papel de la contradicción en el análisis de Marx, otros como Lukacs y posteriormente Goldmann<sup>31</sup>, que realizan una lectura del marxismo desde Hegel, hacen precisamente del concepto de totalidad el núcleo de la dialéctica de Marx. Consideramos, por el contrario, que tanto el principio de la contradicción como el de totalidad no constituyen sino el envoltorio místico de la dialéctica de Marx y que su núcleo efectivo lo constituye el principio de la abstracción, en los términos antes señalados. Es importante destacar que no se efectúa este planteamiento tras la defensa de una determinada ortodoxia, que supone que modificando los términos de nuestra comprensión de la dialéctica marxista se alcanza su núcleo “verdadero”. Se defiende el carácter verdadero de la interpretación, pero está muy lejos de desconocer los problemas asociados con esta concepción de la dialéctica. Tales problemas han quedado de manifiesto al examinarse los puntos de vulnerabilidad que presenta la defensa de la ley del valor, sometida a los cánones que establece la propia lógica de investigación de Marx.

### 3. Alcances sobre la Materialidad de la Dialéctica

Una característica importante de la dialéctica hegeliana, es el hecho de que se trata de una lógica material, en cuanto se repudia la separación

<sup>30</sup> G. Lukacs, op. cit., pp. 46-82.

<sup>31</sup> L. Goldmann, “L’idéologie allemande et les Theses sur Feuerbach”, *L’homme et la société*, Nº 7, 1967.

habitual entre las categorías y formas del pensamiento por un lado, y su contenido, por el otro. Este aspecto ha sido acertadamente enfatizado tanto por Marcuse<sup>32</sup>, como por Garaudy<sup>33</sup>. La dialéctica hegeliana no permite ser distinguida de su objeto de estudio, pues se confunde con él. De allá que resulte absurdo todo intento de formalización de un supuesto método dialéctico. Ello, si bien no descarta que la dialéctica represente una determinada opción metodológica, define tal opción como un sometimiento del método al objeto de análisis. No es el método el que subordina el conocimiento del objeto, sino el objeto el que determina los métodos capaces de conducir a su conocimiento. Tal es el sentido que poseen las afirmaciones de Hegel de que “el método es la conciencia de la forma que reviste el movimiento interior de su contenido”, o bien que “el método no es otra cosa que la estructura del todo en su forma pura y esencial”<sup>34</sup>. Pues bien, en la medida que la dialéctica no implica un sometimiento *a priori* del análisis a determinadas restricciones metodológicas, el análisis se desplaza con gran libertad en su esfuerzo por develar las dimensiones esenciales de la realidad. Hegel señala que “la verdad se mueve de acuerdo a su propia naturaleza”<sup>35</sup>, afirmando esta misma idea.

Esta dimensión de una lógica material se encuentra también presente en la dialéctica marxista. Al examinarse las diferentes opciones lógicas contenidas en el análisis de *El Capital*, debe concluirse que el criterio principal que las legitima es estrictamente su capacidad de exponer la supuesta verdad de la realidad que examina y, por lo tanto, la capacidad de dar cuenta de la naturaleza esencial del objeto de análisis. A diferencia de lo que sucede con la aplicación de métodos formales que someten al objeto de análisis a una legalidad *a priori*, a un conjunto de reglas definidas independientemente del objeto, el método de Marx se caracteriza por prescindir de una legalidad formal. Sus leyes y conclusiones son el resultado del propio análisis, determinado por la naturaleza del objeto. De allá que Marx sostenga, en carta de junio de 1870, que “Lange comete la ingenuidad de afirmar que yo me ‘muevo con la más rara libertad’ en el terreno empírico. No sospecha que esa ‘libertad de movimiento en el tema’ no es otra cosa que una paráfrasis del *método*, la forma de tratar el tema, es decir, el *método dialéctico*...”<sup>36</sup>.

---

<sup>32</sup> H. Marcuse, *Reason and Revolution*, Routledge and Kegan Paul, Londres, 1973, p. 121.

<sup>33</sup> R. Garaudy, *La pensée de Hegel*, Bordas, Essone, 1966.

<sup>34</sup> G. W. F. Hegel, *The Phenomenology of Mind*, George Allen & Unwin, Londres, 1971, p. 106.

<sup>35</sup> *Ibid.*

<sup>36</sup> C. Marx y F. Engels, *Cartas sobre El Capital*, Editorial Laia, Barcelona, 1974, p. 203.

Es vano, por tanto, el intento de formalización de la lógica de *El Capital* con el propósito de extraer el método de Marx y aplicarlo a objetos diferentes. En este sentido, *El Capital* no desarrolla sino su propio método. De allí el carácter absurdo, muchas veces, de algunos debates sobre el método general de Marx. Uno de ellos se ha centrado en establecer si Marx tiene un enfoque genético, que sigue el desarrollo histórico del objeto de estudio, o estructural, por tanto independiente de su movimiento. Pues bien, no existe una sola respuesta a ello en la medida que Marx enfatiza una u otra dimensión de acuerdo a la conveniencia del análisis, sin que pueda afirmarse que le confiera prioridad a una u otra. Ya se ha comprobado que cuando se plantea como objeto el conjunto de la historia, privilegia la producción capitalista por las ventajas analíticas que presenta una opción estructural. Sin embargo, es también innegable que en muchos momentos el análisis de *El Capital* se sitúa dentro de una perspectiva genética.

Existe un último aspecto que requiere ser abordado. Desprovista, como está, la dialéctica de Marx de las “coartadas hegelianas” y apoyándose en los problemas involucrados con el principio de contradicción, se suele afirmar que ella representa una alternativa frente a la lógica tradicional. A partir de lo anterior, los problemas que resultan de la dialéctica de Marx son muchas veces transformados en problemas de quienes los plantean, por no ser dialécticos. Con ello se establece una nueva coartada, al colocar un cerco hacia la lógica tradicional y negándole legitimidad a la crítica que se sustenta en ella. Las objeciones dirigidas contra la teoría, se convierten ahora en incapacidad de los críticos para comprender la nueva lógica y las críticas se estrellan en el muro protector de la dialéctica<sup>37</sup>. Análisis más sofisticados, como el de Ilienkov, terminan en un perfecto círculo vicioso al concluir que la dialéctica interviene incluso en la forma cómo se plantea el problema de la dialéctica<sup>38</sup>. Quien no es dialéctico no puede siquiera plantear adecuadamente el problema de la dialéctica. Ello es, por lo tanto, inexpugnable.

Esta posición, sin embargo, contradice por completo aquella sustentada por Marx, quien jamás pensó que para entender su análisis de *El Capital* era necesario haberse iniciado previamente en los misterios de una lógica original, clave indispensable para la comprensión de su texto. El análisis de esta obra no constituye un mensaje oculto al que sólo puedan

---

<sup>37</sup> La única forma de evitar estos problemas consiste en ser dialéctico desde el inicio, pues así los problemas no se presentan. Dada la ausencia de una normatividad lógica alternativa, lo que al final de cuentas se sostiene es que quien no levanta objeciones es dialéctico.

<sup>38</sup> E. Ilienkov, “La Dialéctica de lo Abstracto y lo Concreto en El Capital”, en Comunicación 9, *Problemas Actuales de la Dialéctica*, Alberto Corazón, Madrid, 1971, p. 71.

acceder quienes acepten de antemano la validez de una lógica alternativa. La dialéctica para Marx no es el presupuesto de la “verdad” de *El Capital*, sino tan sólo la forma cómo ella es demostrada, para cualquiera que se base en la normativa básica de la lógica tradicional y acceda libremente a su lectura<sup>39</sup>. La coartada de una lógica para escogidos (sean éstos proletarios o intelectuales proletarizados) no existe.

## VII. La Interpretación Fallida de Engels y sus Consecuencias

Reconociendo que para Marx la dialéctica alude a su método de investigación y que Engels se ha convertido en el soporte principal de gran parte de las interpretaciones posteriores sobre la dialéctica marxista, cabe preguntarse cómo concibe Engels el método de Marx. Ello representa, evidentemente, un punto esencial desde el cual examinar posteriormente la concepción engelsiana sobre la dialéctica en su conjunto.

En una reseña sobre la *Contribución a la Crítica de la Economía Política* de Marx, publicada en 1859, Engels entrega su versión del método seguido en esa obra. Escribe Engels:

“Con este método se comienza de la relación primera y más simple que se encuentra históricamente en la realidad. Se analiza dicha relación. El hecho de que se trate de una relación implica que posee aspectos que se relacionan entre sí. Cada uno de estos aspectos es examinado en forma separada, ello revela la naturaleza de su comportamiento mutuo, su acción recíproca. Emergerán contradicciones que exigen una solución. Pero dado que no se está examinando un proceso mental abstracto que sólo tiene lugar en nuestra mente, sino un evento real que tuvo lugar en algún momento, o que todavía está teniendo lugar, estas contradicciones habrán surgido en la práctica y han sido probablemente resueltas. Se deberá rastrear el modo de esta solución y se encontrará que ello se ha efectuado mediante el establecimiento de una nueva relación, cuyos dos aspectos contradictorios nuevamente deberán establecerse, y así sucesivamente”<sup>40</sup>.

Esta interpretación del método de Marx merece, al menos, tres objeciones. Primero, Engels equivoca el punto de partida. Para Marx el punto

---

<sup>39</sup> La coartada de una lógica para escogidos o de una clase a la que se le concede la gracia de poder alcanzar la verdad, no existe. Si la defensa de determinados intereses se interpone para aceptar algunas conclusiones del análisis, Marx sostiene que tales posiciones devienen lógicamente inconsistentes de acuerdo a la propia lógica tradicional.

<sup>40</sup> F. Engels, “Review of Karl Marx’s ‘A Contribution to the Critique of Political Economy’”, en K. Marx, *A Contribution to the Critique of Political Economy*, Lawrence & Wishart, Londres, 1971, pp. 225-226; la traducción es nuestra.

de partida no es la primera relación histórica, sino un objeto concreto particular capaz de permitir el acceso del análisis al nivel de la abstracción. Ahora bien, una vez que tal objeto ha sido elegido, evidentemente posee una historia y ésta podrá ser muy antigua. Pero en su elección no ha intervenido la historicidad del objeto, sino sólo su capacidad de conducir a las categorías abstractas. Y no existe ninguna relación especial que permita afirmar que los objetos concretos más antiguos están dotados de una mayor capacidad para conducir a la abstracción. Al no comprenderse lo anterior, se comete un segundo error de interpretación en la medida que no se comprende que para Marx el análisis del modo de producción capitalista representa la fase inicial de un esfuerzo por conferirle sustento científico a su interpretación materialista de la historia. Ello ha sido argumentado precisamente en sentido contrario a la tesis de Engels de que el desarrollo teórico debe seguir el desarrollo histórico del objeto en estudio.

La segunda objeción reside en que la interpretación de Engels se concentra en la existencia de contradicciones reales, las que habiendo sido afirmadas por Marx, hemos sostenido que representan un punto particularmente vulnerable de su análisis y del cual éste, muchas veces, puede prescindir, sin necesariamente comprometer parte importante de sus conclusiones. La explicación que Engels ofrece sobre el método de Marx hace de las contradicciones reales un elemento fundamental.

La tercera objeción es la más importante en la medida que compromete aquello que consideramos el aspecto más relevante de la lógica de investigación de Marx: el principio de la abstracción. Para Engels éste pareciera simplemente no existir y no hay en su interpretación ninguna alusión a los dos niveles que Marx reconoce en su análisis. Muy por el contrario, la versión de Engels es marcadamente empirista y sugiere que el análisis se realiza a “ras del suelo”, pasando de un evento real a otro, en un desarrollo meramente factual. Si se examina el conjunto de las interpretaciones que Engels ofrece sobre el carácter de la obra de Marx, se comprueba que el desconocimiento del papel que juega la abstracción es sistemático<sup>41</sup>. Este vacío en la interpretación engelsiana se manifestará de manera todavía más clara varios años más tarde. En 1884, luego de la muerte de

---

<sup>41</sup> Cabe advertir que Marx exhibe una curiosa tolerancia frente a estas interpretaciones empiristas sobre su método de investigación. En su Postfacio a la segunda edición alemana de *El Capital*, enfrentado a la necesidad de explicar su método, Marx prefiere citar lo que sobre él escribiera un comentarista ruso. Pues bien, en tal interpretación se disminuye por completo el papel que Marx le confiere a la abstracción, al punto de contradecir las propias palabras de Marx en el Prólogo a la primera edición de esta misma obra, en el que se destacaba la importancia de “la capacidad de abstracción”.



Marx, en carta dirigida a Kautsky, Engels procura explicar la diferencia entre la abstracción en el análisis de Marx y en el de Rodbertus:

“Marx condensa el contenido común de los hechos y de las relaciones en su expresión conceptual más genérica, y su abstracción consiste, por tanto, simplemente, en reflejar en forma conceptual el contenido que encierran previamente las cosas.

R. (Rodbertus), por el contrario, forja una expresión conceptual de ese género, más o menos perfecta, y mide las cosas conforme a ese concepto, sobre el que tienen que alinearse las cosas...”<sup>42</sup>.

La interpretación de Engels sobre el recurso de la abstracción en Marx es completamente insuficiente, al punto que nuevamente la encierra dentro de una visión empirista. Para Marx el proceso que permite alcanzar conceptualmente el contenido que encierran las cosas, dista de ser “simple”. Es, por el contrario, complejo y problemático. La abstracción permite resolver estos problemas, pero la solución ofrecida tampoco consiste en “condensar el contenido común de los hechos”. Engels elude por completo la disparidad que Marx establece entre la realidad inmediata (y su expresión al nivel del sentido común) y el conocimiento esencial de la realidad. Todo ello conduce a Engels a presentar como solución lo que sólo puede ser considerado como el mero enunciado del problema. Este último reside en cómo la abstracción puede reclamar haber superado lo inmediato y alcanzado la esencia oculta de la realidad, evitando la acusación de una construcción arbitraria de conceptos frente a los cuales “tienen que alinearse las cosas”, como sucedía con Rodbertus. De manera sistemática y reiterada, *Engels no entiende el papel de la abstracción en la dialéctica de Marx*.

Pero de ello resultarán algunas consecuencias todavía más serias. El empirismo de Engels no puede sino conducirlo a una ruptura con el *pensamiento de Marx*. Luego de la muerte de Marx, *El Capital* se ve sometido a una fuerte crítica debido al carácter abstracto de la ley del valor. Recordemos que Marx no sólo hace de la ley del valor la ley fundamental de la producción capitalista, sino que la sitúa en el dominio de la abstracción. El carácter abstracto de la ley no constituye para Marx motivo de crítica, sino, por el contrario, condición para asegurar su validez. Sin embargo, en la medida que Engels no comprende la importancia del principio de la abstracción y se encuentra cautivo de una posición empirista, no está en condiciones para contener y responder a las críticas contra la abstracción. Por lo

---

<sup>42</sup> C. Marx y F. Engels, *Cartas sobre El Capital*, p. 259.

tanto, se ve obligado a replegarse y tranzar. Engels no puede desmentir que bajo las actuales condiciones capitalistas, las apariencias contradicen la ley del valor. De ello Marx estaba consciente y parte de su esfuerzo consistió en demostrar que las apariencias son deficientes y que la ley del valor, tal como lo había intuido Ricardo, es plenamente válida. Pero el empirismo de Engels le impide definir el problema en estos términos y, por lo tanto, no tiene otro camino que la abdicación. Ella queda consagrada en un texto con el que Engels acompaña la publicación del volumen tercero de *El Capital*, en 1895. Engels señala:

“La ley del valor de Marx posee una validez general, en la medida que las leyes económicas puedan ser válidas, para todo el período basado en la producción simple de mercancías; esto es, hasta que éste se transforma con la aparición del modo de producción capitalista. Hasta ese momento los precios gravitan hacia los valores fijados de acuerdo a la ley de Marx y oscilan alrededor de esos valores; de manera tal que mientras más pleno es el desarrollo de la producción simple de mercancías, más coinciden los precios promedios con los valores, dentro de márgenes negligibles y durante largos períodos sin interrupciones por disturbios externos violentos. En consecuencia, la ley del valor de Marx posee una validez económica general para un período que dura desde los comienzos del intercambio que transforma los productos en mercancías, hasta el siglo XV de nuestra época”<sup>43</sup>.

Engels comprueba, como también lo hiciera Marx, que las mercancías no se venden a sus valores. Sin embargo, en vez de comprender que ello para Marx sólo apunta a una forma particular a través de la cual la ley de valor manifiesta su validez, Engels sólo puede negársela. Marx había seguido la *opción ricardiana* que expresaba una gran confianza en la validez de la teoría, aunque ella pudiera encontrar problemas al confrontarse con la realidad. Precisamente para resolver tales problemas, Marx se apoya en una lógica investigativa que incorpora el principio de la abstracción. Pero en la medida que Engels no adopta ese mismo principio, una vez que se enfrenta a los problemas reniega de la teoría *tal como lo había hecho Smith*. Ello no puede sino consumir la ruptura con Marx. En la medida que Engels no entiende la lógica investigativa de Marx, tampoco entiende su dialéctica, puesto que para Marx ésta refiere a su método de análisis.

Sin embargo, la concepción de la dialéctica que nos presenta Engels no se ve afectada de manera alguna por la situación anterior. Para Engels,

---

<sup>43</sup> K. Marx, *Capital*, Vol. 3, pp. 899-900; la traducción es nuestra.

la dialéctica no constituye una lógica de investigación particular, como lo era para Marx. Por el contrario, Engels desarrolla una concepción de la dialéctica como ley inmanente de la realidad. El punto de partida de Engels es también Hegel, pero el arranque se efectúa desde posiciones completamente diferentes de las que arranca la dialéctica de Marx. Para Hegel efectivamente la realidad es dialéctica, pero se trata de una realidad que remite a la conciencia y, en tal medida, al proceso de conocimiento. Pues bien, para Marx el fundamento de su dialéctica reside en la apropiación de aspectos comprendidos en la concepción hegeliana para construir una alternativa *particular* de conocimiento sobre la realidad. Para Engels el punto de partida es precisamente el opuesto. Se trata de desarrollar sobre bases materialistas la tesis hegeliana de que la realidad es dialéctica. Entre ambas concepciones, la marxista y la engelsiana, existe un dominio de intersección que ha permitido sostener que se trata de una misma concepción básica. Tal dominio compartido lo constituye la afirmación de la existencia de contradicciones reales. Con ello, evidentemente, Marx está sugiriendo el carácter dialéctico de la realidad, lo cual permite sostener que la concepción de Engels arranca de Marx y que desarrolla su misma dialéctica. De allí la importancia de comprender el status de las contradicciones reales al interior de la concepción de Marx. Ello no constituye, sin embargo, la única forma de demostrar las profundas diferencias entre ambas posiciones. Esto puede alcanzarse demostrando que las conclusiones a las que llega Engels contradicen la posición asumida por Marx.

Para Engels la inversión de la dialéctica hegeliana significa fundar una dialéctica materialista de la realidad. La concepción de Hegel si bien reconocía que la realidad debía ser aprehendida en su desarrollo, pecaba de idealismo al reducir la realidad al desarrollo de la Idea. Pero, según Engels, la conciencia (y por lo tanto, la Idea) no es sino el reflejo de la realidad material, la que, tal como fuera afirmado por Feuerbach, reconoce dos elementos constitutivos: el hombre y la naturaleza. El materialismo feuerbachiano pecaba, sin embargo, por su incapacidad de concebir la realidad como proceso, sujeta a desarrollo y, por lo tanto, dialécticamente. La constitución de una dialéctica materialista significa para Engels el desarrollo de *un programa definido a partir de Feuerbach, pero a la manera hegeliana*. Marx habría acometido sólo una parte de este programa feuerbachiano al concentrarse en el hombre. Marx se ha preocupado de explicar el desarrollo de la humanidad o la historia. Quedaba pendiente, por lo tanto, la demostración del carácter dialéctico de la otra parte de realidad feuerbachiana: la naturaleza. Este será precisamente el desafío que asumirá Engels: explicar “la dialéctica de la naturaleza”. Lo anterior demuestra que luego del impor-

tante encuentro que Marx y Engels llevan a cabo en un período en que ambos suscriben posiciones feuerbachianas, Engels no rompe con Feuerbach con la misma radicalidad que Marx. Ello es válido tanto en relación a la filosofía antropológica y naturalista de Feuerbach como con respecto a su empirismo epistemológico. Por lo tanto, mientras Marx se convierte en un hegeliano, Engels sigue atrapado en posiciones feuerbachianas, desde las cuales introduce algunas dimensiones del pensamiento de Hegel.

La dialéctica materialista, para Engels, comprende el conjunto de leyes del desarrollo de la naturaleza y de la sociedad humana. Habiendo Marx explicado las últimas, Engels se propone demostrar que “la naturaleza procede dialécticamente”<sup>44</sup>. Pero a diferencia de lo que hiciera Marx, que se concentra en estudiar la realidad histórica, Engels no pretende hacer ciencia, sino solamente explorar si los resultados que las ciencias naturales colocan a su disposición concuerdan con una interpretación dialéctica de la realidad. Su enfoque dialéctico, por lo tanto, es ajeno a un quehacer de pretensión científica. Ello significa que cuando Engels afirma la existencia de tres leyes generales de la dialéctica (la transformación de la cantidad en calidad y viceversa, la unidad de los contrarios y la negación de la negación)<sup>45</sup>, todas ellas son externas al estudio específico de un objeto particular. Tales leyes, por lo tanto, se relacionan sólo formalmente con la naturaleza, diferenciándose fuertemente del tipo de leyes que Marx presenta en *El Capital* y del carácter material de su lógica investigativa.

Para Engels, la dialéctica se reduce a “la ciencia de las leyes generales del movimiento, tanto el del mundo exterior como el del pensamiento humano: dos series de leyes idénticas en cuanto a la esencia, pero distintas en cuanto a la expresión”<sup>46</sup>. La dialéctica es la ciencia de la totalidad. Se trata, sin embargo, de una totalidad que se diferencia de la hegeliana por cuanto su fundamento ya no reside en la trascendencia de su identidad con Dios, sino en su cientificidad trascendente del dominio de las ciencias particulares. Ello sólo la convierte en una ideología que recurre a la ciencia como recurso de legitimidad para proclamarse como la gran ciencia del devenir universal al que todo desarrollo concreto se le somete y toda ciencia particular se le subordina.

Siendo la dialéctica de Engels un atributo de la realidad, de ello resulta por extensión que es también un atributo del pensamiento. Con ello

---

<sup>44</sup> F. Engels, *El Anti-During*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1967, p. 30.

<sup>45</sup> F. Engels, *Dialectics of Nature*, Progress Publishers, Moscú, 1974, p. 62.

<sup>46</sup> F. Engels, *Ludwig Feuerbach y el Fin de la Filosofía Clásica Alemana*, Editorial Progreso, Moscú, 1967, p. 36.

se crea la apariencia de que esta dialéctica de la naturaleza no se contradice con la posición de Marx que afirma un conocimiento dialéctico. Sin embargo, la argumentación en la que Engels hace descansar el carácter dialéctico del pensamiento, es altamente discutible. Oponiéndose al idealismo hegeliano, Engels sostiene que el pensamiento sólo puede reflejar las condiciones materiales. Ello se asegura por cuanto los productos del cerebro humano son, en último término, productos también de la naturaleza y, en tal sentido, no pueden contradecir el orden de la naturaleza sino que están en plena correspondencia con él<sup>47</sup>. El carácter natural del cerebro garantizaría el carácter dialéctico del pensamiento<sup>48</sup>.

De acuerdo al planteamiento de Engels, todo pensamiento debe ser necesariamente dialéctico, en la medida que no puede contradecir la dialéctica del “orden natural”. La única diferencia que se contempla es en el carácter consciente o inconsciente con que la dialéctica sea asumida por el pensamiento. Planteado el problema en esos términos, queda cancelada la posibilidad de concebir, como lo hiciera Marx, la alternativa (particular) de un método dialéctico. Para Engels el pensamiento es siempre dialéctico, pues dialéctica es la naturaleza y la naturaleza del pensamiento. Es más, la dialéctica de la naturaleza de Engels es de rango superior a la de Marx, pues la naturaleza determina el carácter dialéctico de la historia y del pensamiento. La diferencia entre Marx y Engels es irreductible.

Noviembre, 1984 □

---

<sup>47</sup> F. Engels, *El Anti-During*, p. 43.

<sup>48</sup> Extraña argumentación. Ello equivale a sostener que el concepto de azúcar es dulce, por cuanto el objeto lo es, y pensante, por cuanto el órgano que lo genera lo es. Se trata, en definitiva, de una posición que no difiere sustancialmente del materialismo vulgar al que arribará Feuerbach en sus últimos escritos y que le permitía sostener que “el hombre es lo que come” (ver E. Kamenka, *The Philosophy of Ludwig Feuerbach*, Routledge & Kegan Paul, Londres, 1970, pp. 111-112).